

á hostilizarla. Empero, ocupados algunos escuadrones en hacer la tala de las mieses, que ya estaban á punto de segar, se vieron acometidos repentinamente por un considerable número de moros, que se lanzaron sobre ellos con el mayor furor. Embueltos los cristianos acudió el obispo don Rodrigo á su socorro; quien á los primeros encuentros perdió el caballo, y tal vez hubiera perdido la vida, si Juan de Padilla con algunos guerreros no se hubiese presentado en su auxilio. Este hizo en los infieles un estrago horroroso, precipitándolos á la fuga; pero habiendo recibido una herida profunda en un muslo, los suyos le sacaron del combate para curarlo. Ya los moros se habian hecho dueños del estandarte, dando muerte á Rodrigo Alvarez, alférez mayor; mas fué rescatado por otros caudillos, que llenos de saña al ver la insignia en poder del enemigo, se lanzaron cual hambrientos tigres, y cercenaron la mano al que lo llevaba en triunfo. Muy empeñada siguió la lucha por algunas horas; hasta que Alvarez de Toledo, que habia rehusado una accion decisiva, determinó á todo trance tomar parte.

Puesto á la cabeza de sus escuadrones y hecha la señal de ataque, cual torrente que se estiende por la llanura, así el capitán mayor entró en la refriega con su reserva, empenándose con mayor calor; pero al fin consiguió poner al enemigo en derrota, obligándolo á desalojar el campo. No fué pequeña la pérdida de una y otra parte; resultando á la vez heridos muchos caudillos cristianos, y entre ellos Rodrigo de Perea. Los vencedores continuaron la tala, y con bastantes despojos se retiraron á la frontera. (Año 1435.)

Por la de Murcia también se habia principiado la campaña: el adelantado Alonso Fajardo comenzó una tala general en los campos enemigos; pero viendo los habitantes de Valad-Blanco y Valad-Rojo, (Vélez-Blanco y Vélez-Rubio) que sus cosechas iban á ser totalmente destruidas, trataron de avenencia. Con efecto, quedaron por mudejares del rey de Castilla Baza, y Guadix solicitaron tambien convenio; pero no habiendo querido admitir las condiciones que se les impusieron,

continuaron las hostilidades, de cuyas resultas quedó destrozado todo aquel territorio. En Galea (Galera) y Castilleja se hicieron del mismo modo mudejares. El señor de Valdecorneja tomó la fortaleza de Ben-Maurel (Benamaurel), despues de haber batido sus muros, por la defensa que hicieron los de su guarnicion: Igualmente cayeron en poder de los cristianos Ben-Zulema, Quesada y otros castillos. (Año de 1436.)

Por este tiempo don Enrique de Guzman, conde de Niebla, hizo sus preparativos de campaña, con pensamiento de poner en ejecucion la conquista de Gibraltar. Esta plaza, si bien en aquel tiempo no se encontraba en tan buen estado de defensa como hoy tiene, era si, bastante fuerte, y mas dificil de rendir que cualquiera otra del interior, por la circunstancia de ser marítima, y su posicion geográfica era de las mas aventajadas de la península. Hizose á la vela con su escuadra, en tanto que su hijo don Juan marchaba por tierra capitaneando un valiente ejército. Saltó en tierra don Enrique con las tropas de abordó, y estableció el sitio, dejando las naves provistas de los soldados necesarios y ordenadas para el cerco. Desde luego, y con la gente que le acompañaba, principió el bloqueo, sin esperar la llegada de don Juan. Los moros por entonces se mantuvieron solo á la defensiva, porque esperaban la creciente del mar por la marea, y al punto que esta se verificó, hicieron una salida y arrollaron las tropas del conde. Bien hubiera este querido detener á los suyos, que se pusieron en precipitada fuga; pero fué tal el empuje de los sitiados que viendo inútiles sus esfuerzos, saltó en su barca, que se hallaba atracada en la playa. Multitud de soldados acudieron implorando su piedad para que les dieran sagrado en la navecilla: tantas y tantas súplicas impulsaron á don Enrique á aproximarse á la orilla para salvar á aquellos infelices; pero su compasion le originó la muerte. Un número considerable se abalanzó á la nave; y como quiera que cada cual que estaba asido no quisiese soltar la presa, trabajando todos por saltar á ella la volcaron, y unos y otros cayeron en las aguas.

El conde y cuarenta caballeros perecieron, por cuanto el peso de las armaduras los llevó á fondo; los marineros pudieron salvarse. Don Juan que llegó ocurrida la catástrofe, se retiró con el ejército. La pérdida fué de mucha consideracion, pues los moros persiguieron, á los cristianos hasta la misma orilla, en donde acuchillaban á los que no se determinaban á lanzarse al agua. El cadáver de don Enrique lo hallaron despues los vencedores, y puesto en un ataud lo colocaron en las almenas de una torre, donde permaneció algunos años.

Don Iñigo Lopez de Mendoza, señor de Buítrago, puso cerco á la poblacion de Huélma (20 de abril año de 1438); y habiendo batido sus torres con artilleria, los moros amedrentados, pidieron capitulacion. El marqués accedió á ella, y cuando se estaban tratando las condiciones, corrió la voz de que el rey de Granada avanzaba aceleradamente al auxilio de la plaza. Don Iñigo dió orden de montar á caballo, y tomó posiciones ventajosas para esperar al enemigo; mas habiendo sido falsa aquella voz, se continuó el sitio con mas vigor, hasta el estremo de entrar á viva fuerza en la poblacion. Reconcentrados los moros en el castillo, se defendieron tenazmente por tiempo de cuatro dias; al cabo de los cuales se rindieron, concediéndoles libertad para retirarse á otros puntos.

Nuevamente habia salido á campaña Rodrigo de Peerea (julio año de 1438), y entrando por tierra de Baza, llegó hasta los campos de Castril, destruyendo cuanto en ellos encontraba. Los moros sin pérdida de momento, transmitieron la novedad á Granada por medio de las atalayas, y Mohamed dispuso la marcha de cuatro mil hombres al mando de Aben-Zaragh, hijo de Juzef, wacir que fué en la época anterior. A marchas forzadas llegaron al territorio de Castril donde dieron vista al enemigo.

Ambas huestes se embistieron con ímpetu horroroso; Peerea á los primeros encuentros, cayó muerto de una lanzada; pero los suyos se mantuvieron con valor, apesar de las grandes proezas del caudillo abencerraje, quien herido gravemente se desangró en el campo, y

aunque los suyos lo sacaron de la batalla para suministrarle los auxilios necesarios, murió á muy corto tiempo. La muerte de ambos capitanes que fué sentida generalmente en las córtes de Castilla y Granada, hizo que las huestes beligerantes alojasen y se retiraran.

Los disturbios que se agitaban en Castilla habian llegado por este tiempo al grado mas alarmante, de tal modo, que llamaban esclusivamente la atencion del soberano, desatendiendo por lo tanto la guerra de Granada; cuyas circunstancias eran las mas favorables para coger laureles, mediante á que la córte islámica era así mismo el teatro de la anarquía.

Mohamed VII, que cuando fué repuesto en el trono habia aparecido justo y benéfico, demostró despues que su natural no habia mudado sino aparentemente, desplegando aun mayor despotismo y tiranía: con poco vigor para sostener el cetro y hacerse respetar, habia ya sido destituido por dos veces; efecto de poca fuerza, de poco carácter para hacerse superior á sus cortesanos y á sus vasallos todos. Un acto arbitrario é imprudente fué la causa de su tercera destitucion.

Un sobrino suyo llamado Hismail Aben-Hismail se encontraba ciegamente apasionado de una jóven granadina y por la cual era correspondido; mas el soberano se opuso á su enlace, porque queria que ella diese la mano á un gran favorito suyo. Hismail hizo cuantas diligencias son de presumir para que Mohamed accediese á su union, pero todas infructuosas: el rey inmutable en su propósito se declaró abiertamente opuesto á ella. Desesperado el jóven infante con tan cruel repulsa, se decidió por abandonar á Granada y retirarse á Castilla, como lo verificó con muchos de sus parciales. Este paso dado por Hismail causó el mayor disgusto en la córte; los enemistados partidos hicieron renacer sus odios y sus resentimientos, y principió de nuevo la division, siendo el imprudente Mohamed el blanco de sus vasallos. Otro sobrino suyo Mohamed Aben-Osmin, que residia en Almeria, y que ya habia dado señales de ambicionar el trono, luego que supo las discordias de la córte propúsose aprovecharlas para poner en ejecucion



## CAPITULO XXVII.

### MOHAMED IX. (EL ANAF, COJO.)

**ES PROCLAMADO. — SE RETIRAN DE GRANADA LOS ABENCERRAJES. — TRABAJAN PARA CORONAR A ABEN-HISMAIL. — CORRERIA DE MOHAMED. — ASEDIO INUTIL DE MONTE-FRIO. — NUEVA CORRERIA DE MOHAMED. — RECUPERA VARIAS PLAZAS EN LEVANTE. — CONTINUA SUS CABALGADAS. — ALGARA DE ABDILBAR, BATALLA DEL ALPORCHON EN QUE ES DERROTADO. — HISMAIL ES APOYADO POR UN EJERCITO CRISTIANO. — MOTIN EN GRANADA. — MATANZA HORROROSA EN LA SALA DE ABENCERRAJES. — HUYE MOHAMED.**

Mohamed Aben-Osmin, *el cojo*, fué proclamado acto continuo rey de Granada, y reconocido como tal por todos los pueblos del reino, alcaides y caudillos. No bien se hubo posesionado del trono, Abdilbar, sus partidarios, y la tribu abencerraje salieron de Granada y se retiraron á Monte-frio, en cuya plaza contaban con simpatias y con la mayor seguridad, por ser una de las mas

fuertes de los estados granadinos, temiendo de su permanencia en la corte alguna accion infame del nuevo monarca.

Bien hubiera querido el wacir y favorito de Mohamed trabajar en su favor para restituírle las riendas del gobierno; pero no dejaba de conocer que cualquiera tentativa que se hiciese para ello, habia de influir en su daño, supuesto que se hallaba en poder de su rival. En virtud, pues, de estos fundados motivos, y decidido el caudillo y cuantos le acompañaban a hacerle la guerra a Mohamed IX, proyectaron proclamar rey de Granada a Aben-Hismail. Hiciéronselo presente, y aceptado por él, tomó venia del monarca de Castilla; quien despues de manifestarle su beneplácito, lo autorizó competentemente para que en la frontera se le diesen recursos y tropas, con que poder emprender las hostilidades contra su primo. Al poco tiempo Aben-Hismail se hallaba en Monte-frio; reconocido como rey de Granada por el partido proscripto.

Este agigantado paso no dejó de causar disgusto y recelo en Aben-Osmin, pues encontrándose aun en los primeros dias de su reinado, y no bien asegurado, veia cerca de su corte alzarse un rival, que no solo era temible por el apoyo de Castilla, sino porque en Granada habia dejado muchas simpatias por su bello carácter y acrisolada conducta. Asi, pues, determinó hacerle la contra de manera que apareciese como que despreciaba aquella faccion, atrayéndose a la vez la atencion de los granadinos, que como volubles, no dejarian de fijar en él todas sus esperanzas de ventura y halagüeno porvenir. Para la ejecucion de este plan tenia a su favor los disgustos interiores que a la sazón se experimentaban en Castilla, y cuyos males se habian corrido a la frontera desatendiendo los gefes de ella su compromiso de defensa, é insubordinados contra el trono, hasta el extremo de romperse entre ellos mismos una guerra de partido, pero muy tenaz, perjudicial y aun ridicula a los ojos de la razon y de la sensatez, y de que los muzlimes hacian el mayor escarnio.

El rey de Granada aprovechando esta anarquía se di-

rigió con un cuerpo de tropas hácia levante, entró en Benamaurel por fuerza de armas, acuchilló su guarnición, hizo prisionero á Alonso Herrera, su alcaide, y pasó á Benzalema, donde habiendo encontrado mayor defensa, intimó la rendición á Alvaro de Pecellin, quien lo despreció, creyendo que nunca podría el soberano granadino, por más esfuerzos que hiciera, penetrar en la fortaleza. Irritado Mohamed, dispuso el asalto, y aunque con pérdida consiguió penetrar en ella, haciendo cruel carnicería, y sin dar cuartel á nadie. Don Fernando Alvarez de Toledo miró con tanta frialdad este hecho, que en vez de dar auxilio á aquel alcaide, se retiró al interior; cuya conducta, no deja de ser reparable, aunque bien se inflere que sería hija de la division de opiniones en que se encontraba la grandeza. Terminada esta jornada, Mohamed regresó á la corte victorioso, y con un cuantioso botin. A su entrada en ella, el pueblo lo recibió con alegría por su propension natural á las novedades; y aunque no diremos que por este hecho de armas se atrajo el cariño y amor de sus vasallos, diremos si, que adquirió algun prestigio, aunque fuese tan pasajero como la luz del meteoro.

Cada día continuaban con mas encarnizamiento las hostilidades de los partidos entre los cristianos, de modo que en la frontera se atendia solo á la guerra civil dejando impunes la sangre y los desastres que los moros causarían en sus algaras.

En tanto que esto ocurría, Aben-Hismail se encontraba con su partido en Monte-frio sin poder impulsar su empresa, por quanto los adelantados del rey de Castilla, unos despreciaban las ordenes que les comunicara y otros, aun quando desearan dar á ellas puntual cumplimiento, se lo impedia la situacion hostil en que se hallaban entre si. Todo, pues, era favorable para Osmin ya porque no encontraba oposicion de los cristianos en sus cabalgadas, ya porque el principe su primo carecia de apoyo. Los alcaides fronterizos hacian continuas correrias en territorio de los cristianos, y cargados de cautivos y despojos volvian á sus fortalezas sin necesidad de enristrar la lanza, ni desnudar el alfange.

Ilusionado el rey de Granada con los triunfos que habia alcanzado en su correria, se propuso hacerse temible y cobrar crédito con sus atrocidades y atentados. Determinó hacer otra nueva espedicion, para lo cual comunicó orden á los alcaldes y pueblos á fin de que concurriesen á la capital todas las fuerzas disponibles. Reunió en consejo á los principales caudillos, á los xeqes de las tribus, á los santones, á sus consejeros y á las demas personas que por sus conocimientos en la guerra pudieran suministrarle luces para el buen éxito de la empresa que meditaba. En tanto que se hacia esta convocatoria, los alfaquis con celo religioso predicaban una guerra santa, predisponiendo de este modo al pueblo no solo para tomar las armas en favor de su ley, sino para que acatase mas y mas la soberanía de Mohamed, dándole al mismo tiempo prestigio y reputacion.

Reunido el consejo en la Alhambra, resultó de comun acuerdo que convenia llevar la guerra y la destruccion hasta la misma corte castellana; que los estandartes de la media-luna tremolasen en los baluartes cristianos; y que mediante la enemistad de don Juan II con los soberanos de Navarra y Aragon, se entablasen con ellos negociaciones de alianza ofensiva, para que las operaciones de campaña se hicieran conyvinadas. Este último acuerdo se ejecutó inmediatamente por medio de embajadores que partieron para ambas cortes.

Antes de emprender la marcha para dar cima á tan grandiosa empresa, se destacaron algunos escuadrones contra Monte-frio, que estaba hecho una pequeña corte, á fin de destruir el poder que en ella habia principiado á alzarse; mas todos los esfuerzos de la hueste granadina fueron inútiles; Hismail y los suyos, cuyo número crecia de dia en dia, se sostuvieron hasta la retirada de las tropas, luego que se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos.

Aben-Osmin con una gruesa hueste se dirigió nuevamente á levante. Difícil seria pintar el estrago y la desolacion que el ejército por doquier causara; tras sí dejaba impresa horrorosa huella de inocente sangre. Los

Vélez, Huéscar, Castillejar y Galera cayeron de nuevo en poder de los granadinos, sin que sus gobernadores pudiesen defender de aquel torrente las fortalezas que les estaban encomendadas. Baste decir que por prudencia, y no por miedo los alcaldes, de los demas castillos estuvieron solo á la defensa de ellos, sin presentarse fuera de muros á empeñar escaramuza alguna, cuyo resultado por fuerza debia ser desgaciado. Multitud de esclavos, número considerable de ganado y otras riquezas compusieron los despojos de tan memorable cabalgada, que terminó felizmente Mohamed, entrando triunfante en Granada. (Año de 1447.)

Al siguiente año continuó la devastacion por las fronteras de Murcia, penetrando con su hueste hasta los campos de Hellín y Jumilla, en los cuales derrotó á don Alvaro Tellez Girón, que intentó oponérsele. Murieron todos los suyos, y él pudo salvarse por la ligereza de su caballo. El rey regresó á la corte con no menos botin que en la anterior cabalgada.

Continuaban aun las discordias entre los reyes cristianos; por lo que el de Granada y sus alcaldes en los años sucesivos hicieron reiteradas entradas por las fronteras, en donde poca ó ninguna oposicion encontraban, de tal modo, que talados los campos, ni aun forraje habia para los caballos; siendo de advertir que aliado Mohamed con el soberano de Navarra, marchaba con él de acuerdo en sus operaciones.

Así continuaron las cosas hasta el año de 1452 en que el monarca granadino dispuso otra correria por tierra de Arcos. Don Juan Ponce de Leon, conde de este título, se hallaba á la sazón en Marchena, y teniendo aviso del movimiento de las tropas enemigas por un renegado llamado Monfares, y despues Benito Chinchilla, reunió su gente de armas y salió con precipitacion á ocupar puntos ventajosos para esperar á Mohamed. Este pasó en efecto por las posiciones en que aquel caudillo se encontraba: cayó sobre la hueste agarena, y al primer ímpetu la desordenó de tal modo, que los gefes se vieron en el mayor trance para poderla rehacer. Lo consiguieron al fin, y esperaron á los cristianos en las inme-

diciaciones de la selva de Mataparda, en donde emprendiéndose nueva lucha, las tropas del conde consiguieron desbaratar las de Mohamed, y ponerlas en fuga hacia las montañas vecinas. La pérdida de una y otra parte fué considerable; si bien los soldados de Ponce de León recogieron cuantiosos despojos.

Muy sensible fué para Mohamed esta desgracia, y con el fin de tomar venganza y resarcir la pérdida ordenó otra incursión por tierra de Lorca. Todos los principales caballeros de Granada se prestaron gustosos á ella y el rey mandó hacer los aprestos necesarios, nombrando jefe de la hueste al joven Abdibal, hijo del wacir de Mohamed VII, que no quiso seguir el partido de su padre y retirarse con él á Monte-frió, porque le llamaban en la corte la atención ciertos amores, y deseaba hacerse merecedor del permiso real por medio de una empresa de armas.

El ejército, que se componía de zегries, gomerés, gazules, alaveses, marines, mazas y otras tribus, que como estas eran de las más esclarecidas, salió de la capital con la mayor brillantez al eco de trompetas y demás instrumentos bélicos, entre los vivas y aclamaciones del pueblo. El entusiasmo y la alegría se veían gravados en los semblantes de aquellos guerreros, como si marcharan seguros de la victoria. Habiéndose dirigido hacia levante, atravesaron los territorios de Guádxiz y Baza, cuyos alcaldes se les reunieron, siguiendo la marcha hasta Vera, confin de la frontera, en donde se presentaron Malique alavés, gobernador de Almería, que capitaneaba los moros de las montañas, y los alcaldes de Orce, Cúllar, Huéscar, Purchena y otros puntos.

Luego que se hallaron reunidas todas las tropas de que debía componerse la columna expedicionaria, se puso en movimiento hacia los campos de Lorca; mas como estos estuviesen baldíos y solitarios por las continuas correrías de los moros, se internó la hueste en los de Cartagena y Murcia, en los cuales hallaron en que cebar su codicia. Sin oposición alguna destruyeron cuanto encontraron, y recogiendo cuantioso botín, volvieron á tierra de Lorca apoyando siempre su marcha

en la sierra, como parage mas apropósito para defenderse en caso de ser acometidos, y tambien por seguridad de los despojos que custodiaban: mas habiendo desaprobadado esta medida el intrépido gobernador de Almeria y los demas alcaides, descendió el ejército al llano, si bien contra la voluntad de Abdilbar, que no dejaba de temer alguna salida repentina ó emboscada de los cristianos.

No se equivocaba el jóven caudillo: Alonso Fajardo, que se hallaba en Lorca, habia invitado á Diego de Rivera y á otros caballeros para que se le uniesen y caer sobre el enemigo en la retirada. Con efecto, todos estuvieron prontos al llamamiento, y reunida una fuerza respetable en Lorca, salieron al alcance de los muzlimes. Pronto los divisaron en el sitio llamado el Alporchon (1); los moros, viendo que Fajardo y los suyos se aproximaban, destacaron algunas guerrillas que los entretuviesen, en tanto que ellos formaban la batalla. Mas arrolladas aquellas al ímpetu de la hueste cristiana, pronto cayó esta sobre el grueso de la columna. Cual encontrados vientos, que asolan y destruyen cuanto se opone á su carrera, así ambas huestes se embistieron, haciéndose mútuo estrago. Envueltas las haces, en todos, por una y otra parte, se veian prodigios de valor.

Ya por el campo corrian arroyos de sangre; ya los cadaveres formaban parapetos que servian para defensa de los beligerantes; y la victoria aun estaba indecisa. En vano las pesadas armaduras, en vano las finas cotas, nada, nada resistia el empuje de guerreros ciegos de cólera y saña, y ávidos de venganza. Emperó la fortuna que tantas veces antes habia estado adversa á los cristianos, aquel dia se mostró propicia y velaba en su favor.

Los moros montañeses que custodiaban el botin, hicieron con él una pronta retirada, tratando de sal-

---

(1) Punto en que se hacia diariamente la venta del agua en subasta publica, para el riego de los campos.

varló á todo trance, si bien asesinando en el tránsito á los infelices prisioneros que cogieran antes del encuentro. Ya habían sido muertos los alcaides de Baza, Huéscar, Orce, Cúllar y los Vélez y Aben-Casin, capitán de exploradores de Granada, cuando los moros comenzaron á flaquear; no así Abdilbar y Malique de Almería, y ambos se acordaron de que creían necesaria su presencia para infundir ánimo á los suyos, sin reparar riesgo ni peligro. El segundo se vió envuelto por un número considerable de cristianos, pero cual león hambriento se revolvía contra ellos con la velocidad del rayo, desplegando tanto valor que ninguno se atrevía á acercarse para herirle. Sabedor de ello el adelantado Fajardo, arrimó el acicate á su caballo, y marchó al lugar de la contienda con lanza en ristre; ordenó á los suyos que se retiraran y acometió al alavés. Este le recibió prevenido, pero no pudo evitar el golpe que su adversario le dirigiera; la lanza le pasó un costado y cayó del caballo corriendo un raudal de sangre por su herida. Bien hubieran los cristianos cortádole la cabeza, mas el guerrero vencedor lo impidió mandando se le curase custodiándolo como prisionero. En tanto que esto ocurría Abdilbar conociendo que ya nada podía adelantar y que la victoria estaba por los contrarios, poseído de furor y desesperacion abandonó el campo á toda carrera y fué á unirse á los cortos restos que se habían salvado por la fuga. La pérdida de una y otra parte fué considerable. El caudillo cristiano dispuso que se recogiese el botín que los moros habían abandonado; y con él y los prisioneros marchó á Lorca. Malique, apesar del mal estado en que lo tenía constituido su peligrosa herida, se opuso á entrar en la ciudad; cómo no fuese por la puerta principal, mediante á que por sus venas corría sangre real; los soldados le instaron á que obedeciese varias veces; pero negándose á ello el altivo moro, le quitaron la vida á cuchilladas. Luego que Abdilbar llegó á Granada se presentó á Aben-Osmin, quien irritado por la derrota de su hueste

y sin recordar los buenos servicios que el caudillo le había prestado anteriormente, le dijo: «puesto que no has querido morir como bueno en la lid, yo quiero que mueras como cobarde en la prisión.» Al punto los verdugos le cortaron la cabeza.

Semejante tiranía despertó el odio en sus vasallos; adormeció algún tiempo por sus victorias y por su conducta, sino laudable, ni clemente, á lo menos nivelada, aparentemente á la justicia. Este acto criminal le abrió la senda para toda clase de excesos: desplegó una tiranía sin límites, no habiendo mas ley que su voluntad y el alfange. Tal modo de proceder acabó de atraerle la animadversión de la nobleza y del pueblo. Muchos que no podían atemperarse á su duro gobierno huyeron de Granada y fueron á aumentar el número de los prosélitos del pretendiente en Monte-frio.

Durante esta guerra asoladora, Aben-Hismail había permanecido neutral, ocupado solo en defender los pocos pueblos que lo reconocían, de las correrías de su primo, quien llegó á considerarlo como un rival insignificante; mas se equivocaba. Aquel príncipe y sus partidarios no habían dejado de trabajar para destituir á Mohamed, y tenían en Granada una inmensa parcialidad.

Luego que tuvieron tregua los desagradables acontecimientos de los reyes cristianos, don Juan II envió á Hismail un poderoso ejército para que emprendiese la lucha contra su primo Aben-Osmin. Las circunstancias eran las mas apropósito por el disgusto general que reinaba en la corte, y Aben-Hismail no quiso desaprovecharlas.

Con sus parciales y la hueste cristiana salió de Monte-frio con dirección á Granada. (Año de 1454.)

Los escuadrones abencerrajes que formaban la vanguardia, llegaron hasta las murallas de la ciudad, provocando á su tirano monarca; lo cual produjo que el pueblo se conmoviese, y los descontentos corriesen á unirse á las banderas de Hismail. Algunas tropas que salieron de la corte atacaron á las del infante, mas fueron rechazadas, y tuvieron que volverse precipitada-

mente á la capital. Este nuevo revés irritó mas y mas á Aben-Osmin, y se propuso acabar á todo trance con su adversario. Para ello mandó que todos los granadinos aptos para tomar las armas, se alistasen bajo pena de muerte.

Esta medida desesperada causó un motin, presagio de su ruina. El Albaicin fué el primero que dió el grito de desobediencia á aquel mandato; y secundado por otros barrios, se hizo general el movimiento en muy corto tiempo. Las turbas se hicieron dueñas de la ciudad, y el rey rodeado de aquellas personas mas comprometidas en favor de su causa, se atrincheró en la Alhambra, temiendo que los sediciosos atentasen contra su vida, al paso que los vivos que prodigaban á Hismail irritaban estraordinariamente su cólera. Sin recursos para vencer á los revoltosos por la fuerza, adoptó el infame monarca un medio horroroso para tomar venganza.

Envió emisarios á los principales motores del movimiento, manifestandoles que estaba pronto á abdicar en su primo; pero que era necesario que subiesen al real sitio todos los que segun costumbre debian hallarse presentes en aquel acto. Los parciales de Hismail creyéndole de buena fé, se dirigieron al palacio, sin creer que se atentaba contra sus personas. En las puertas del real alcázar los esperaban Mohamed y los suyos, quienes los conducian al patio de los leones, para que en una de las habitaciones inmediatas esperasen la ceremonia. No bien pisaban las lozas de aquel malhadado recinto, cuando multitud de verdugos los introducian por la fuerza en la sala que hoy se llama de los abencerrajes. Allí sujetos de pies y manos esperaban la hora fatal, en que los satélites del tirano descargasen la cuchilla sobre su garganta. A poco se presentó este y los suyos, mandando consumir tan inhumano sacrificio.

Todos fueron degollados, dejando caer sus cabezas en la fuente de alabastro que se halla en medio de la estancia, y sus cuerpos se encontraban hacinados en su pavimento.

Aben-Osmin y los comprometidos salieron de la Alhambra, por una puerta que dá frente á Generalife (1); dirigiéndose á la Alpujarra. (2).

Aben-Osmin y los comprometidos salieron de la Alhambra, por una puerta que dá frente á Generalife (1); dirigiéndose á la Alpujarra. (2).

Aben-Osmin y los comprometidos salieron de la Alhambra, por una puerta que dá frente á Generalife (1); dirigiéndose á la Alpujarra. (2).

(1) Conocida hoy por puerta de hierro.

(2) Aben-Osmin y sus parciales, después de su huida, se ocupó del robo en unión de otros bandoleros que se le unieron en la sierra, extendiéndose para cometer sus escesos y atrocidades hasta los distritos de Almería, Guadix y Baza. Aquellos fueron tantos y tanto el estrago que causaron, que por necesidad el rey de Granada tuvo que fijar su atención en ellos y reprimir la caterva asesina. Destacó tropas que los persiguieran, y viéndose acosados se internaron en el reino de Castilla. Había ya muerto don Juan II y Enrique IV que le sucedió, les dió abrigo, y depositó en ellos la seguridad de su persona considerándoles como su guardia. Con esta especie de garantía prosiguieron cometiendo abusos á la sombra del imbécil soberano, el cual no se cuidaba de reprimirles su depravada conducta, dejando impunes sus delitos y despreciando á las personas que se presentaban á él en queja. Por último la nobleza formó á el rey cargos poderosos sobre esta conducta.

**CAPITULO XXVIII.**

**HISMAIL ABEN-HISMAIL III.**

ES PROCLAMADO REY. — TRANQUILIDAD EN LOS ESTADOS MAHOMETANOS. — ROMPEN LOS CASTELLANOS LAS HOSTILIDADES SIN FRUTO ALGUNO. — BAJA ENRIQUE IV SOBRE GRANADA. — MUERTE DE GARCILASO DE LA VEGA. — RINDEN LOS CRISTIANOS A GIMENA. — TREGUA, QUEDANDO ABIERTA LA FRONTERA DE JAEN. — CABALGADA DEL PRINCIPE GRANADINO. — DERROTA DE LOS CRISTIANOS. — EMPRENDE MULEH OTRA CORRERIA EN QUE ES IGUALMENTE DERROTADO. — SE RINDEN GIBRALTAR Y ARCHIDONA. — MOTIN EN GRANADA. — TREGUA. — PERIODO DE PROSPERIDAD. — MUERTE DE HISMAIL.

Con la oferta de abdicacion que Aben-Osmin hiciera á los sublevados consiguió templarlos, siguiéndose una tregua durante la ceremonia que debia verificarse. Entre los que subieron á la Alhambra para autorizarla en virtud de la convocatoria, se hallaban muchos abencerrajes, que fueron los que mas cooperaron á fomentar el motin.

Trascurridas algunas horas, el pueblo esperaba impaciente la vuelta de sus caudillos; mas sospechando algunos envolvese traicion el llamamiento del soberano, se dirigieron al régio alcázar para indagar la causa de la tardanza. Empero ¿cual seria su sorpresa é indignacion cuando habiendo penetrado en el palacio vieron hacinados los cuerpos de sus parientes y amigos, y sus cabezas nadando en pura sangre dentro de la taza de alabastro?. Difícil seria pintar el cuadro que en aquellos momentos representóse en el palacio de los reyes. Grupos sedientos de venganza vagaban con los alfanges desnudos por todos los aposentos en busca de los asesinos; voces descompasadas hacian estremecer el suntuoso edificio; pero en vano, aquellos alevosos se hallaban ya bien distantes del teatro de sus crueldades. La noticia circuló prontamente en la poblacion, y el sentimiento fué universal.

Con aviso que Hismail tuvo de este suceso, se presentó en Granada, donde fué recibido con entusiasmo, si bien mezclado con el dolor que causado le habia tan horrendo crimen. Subió á la Alhambra, y fué proclamado rey; aunque con el sentimiento de sentarse en un trono manchado alevosamente con inocente sangre.

Las circunstancias que en estos momentos rodeaban á Hismail, eran por cierto criticas y azarosas. Entraba á gobernar un pueblo poseido de saña y encono contra su primo; un pueblo naturalmente voluble, y un pueblo en fin que clamaba venganza, y anhelaba por que se derramase sangre para saciarla. Además, al nuevo soberano amargaba un torcedor vehemente por la parte indirecta é involuntaria que pudo tener en la catástrofe, mediante á que el movimiento popular tuvo alguna iniciativa de destituir á Aben-Osmin, para adjudicar á Hismail la régia administracion. Sin embargo, este se consideraba inocente; y esta idea era un verdadero lenitivo para calmar su disgusto.

Como quiera que en las convulsiones políticas de esta especie, sea siempre una de las primeras atenciones del poder que se constituye, premiar los servicios hechos en su favor, el rey de Granada no olvidó este de

ber, y se ocupó de él, luego que se restableció el sosiego y la tranquilidad. Agració á sus parciales con destinos y honores; alzó las confiscaciones hechas por su antecesor á las familias de sus amigos y adictos; y por último, concedió pensiones á las huérfanas ó viudas de los que fueron víctimas sacrificadas por el tirano Aben-Osmín. Despues envió embajadores al rey de Castilla con ricos presentes á rendirle en su nombre vasallaje, en agradecimiento de la singular proteccion que le habia dispensado. Don Juan recibió á los enviados con el mayor agrado, y ofreció su amistad á Hismail.

Esta circunstancia produjo al pueblo de Granada tranquilidad, y al monarca el poderse dedicar al fomento de las artes y de la agricultura, así como también á emprender obras de utilidad pública, á que su carácter le inclinaba.

Poco tiempo, pues, duró este estado de cosas. La muerte del rey de Castilla ocurrida el 20 de julio de 1454 debia abrir de nuevo la campaña y turbar la paz que disfrutaba el reino mahometano. Así se verificó: Enrique IV, sucesor de Juan II, rompió las hostilidades entrando en la vega de Granada, pero sin consentir á su ejército aceptar escaramuzas, apesar de que á elló era provocado, ni tampoco permitir se hiciese botín ni tala en los campos, condiciones que disgustaron altamente á gefes y soldados; pues privaban á los primeros de medir su valor con el enemigo, y á los segundos hacer buen acopio de despojos. Tal conducta engendró un descontento general, que unido al que produjera el carácter fútil, cobarde y nada firme de don Enrique, dominado siempre por ambiciosos privados, atrajo de nuevo la guerra civil y la anarquía. También los moros en vista de ello cobraron tal atrevimiento y descaro, que repetian con frecuencia sus correrias y causaban los mayores estragos, sin oposicion de ninguna especie.

En tanto que en Castilla y en las fronteras se agitaban las discordias intestinas, el rey de Granada seguia ocupándose en el arreglo de la administracion, y proyectando obras útiles. Entre ellas fuó una la de conducir las aguas del rio Darro á las cimas del cerro del Sol

para hacer productible su tierra erial; consiguiendo de este modo no faltase á la capital la subsistencia en los casos tan reiterados de dejar los cristianos asolada la vega.

A la vez que Aben-Hismail se dedicaba asiduamente á esta clase de empresas, su hijo primogénito Abul-Hiscen, jóven, valiente, dispuesto y afecto á la guerra, se habia hecho cargo de hostilizar á los cristianos, y defender los dominios de su padre de las correrias de aquellos. Bien puede decirse que las entradas insignificantes que el rey de Castilla habia hecho en la vega de Granada, y en que este nunca aceptaba escaramuza alguna, á que Hiscen le provocaba, habian creado en el jóven príncipe cierto ardor, cierta bizzarria en la lid, que le hacian sobresaliente. Por el contrario, la timidez é ineptitud de don Enrique le atraian el desprecio y el ódio de sus vasallos, sirviendo á la vez á los muzlimes de burla y escarnio.

En este tiempo se reclamaron por Castilla las párias que adeudaba la corte de Granada, la cual espresamente se negó á satisfacerlas. Esto unido á las continuas entradas que los moros hacian en la frontera, escitó en los pocos amigos de Enrique deseos de venganza; y al fin pudieron conseguir de este se abriese una campaña.

Con efecto, en la primavera del año 1456 el rey de Castilla con una numerosa hueste de ginetes y peones entró en la vega de Granada haciendo el mayor estrago.

Aben-Hismail, que rehusaba una batalla de poder á poder, dispuso saliesen algunos escuadrones de caballeria ligera, que entretuyesen al ejército con solo escaramuzas, pero sin entrar en un choque formal. Con esta táctica, pues, en que los moros estaban mucho mas diestros que los cristianos, mataron á varios caballeros de nombradía, por lo que Enrique reiteró sus órdenes para que no entrasen los suyos en escaramuzas, y se retiró satisfecho con las talas.

Al año siguiente (1457), repitió otra expedicion; mas habiendo salido los campeadores de Granada á impedir

el daño que los cristianos hacian, se trabó una empeñada liza en la cual murió Garcilaso de la vega. Su muerte fué tan sentida de don Enrique, que por vengarla mandó se hiciesen las talas sin escluir cosa alguna. En seguida marchó sobre la villa de Jimena, cuyo castillo se tenia por inespugnable, y tomándolo á viva fuerza; pasó á cuchillo á sus vecinos, y se retiró causando todo el estrago posible.

Este acontecimiento fué fatal para el rey de Granada; y como soberano solícito por el bien de sus vasallos, envió embajadores á Castilla para que ajustasen tregua, ofreciendo pagar doce mil doblas anuales y dar libertad á seiscientos esclavos. Con proposicion tan ventajosa se ajustó la paz, dejando abierta la frontera de Jaén. Don Enrique habia nombrado adelantado de ella á don Juan Manrique, conde de Castañeda, y sabiendo los moros lo remiso y codicioso que era este caballero y que sus tropas estaban bastante descontentas dispusieron una algará por aquel punto. El príncipe Abul-Hiscen en persona capitaneaba la hueste, que se componia de dos mil caballos y veinte mil infantes. Dirigióse á Baeza, y destacando cuatrocientos ginetes, que se aproximasen hasta las murallas para hacer una llamada á los cristianos, él con el resto del ejército tomó posiciones de emboscada muy ventajosas para sorprender al enemigo. Así se verificó: el conde de Castañeda, despues que los exploradores le manifestaron que no habia mas fuerza que los cuatrocientos ginetes salió á su encuentro con la caballeria é infanteria que pudo reunir; mas aquellos hicieron un movimiento de retirada hácia el punto donde estaba el grueso del ejército, consiguiendo de este modo entrásen en la emboscada los cristianos, que los perseguian con ardimiento. El de Manrique, luego que vió la demas fuerza, no pudo menos de sorprenderse, pero no por esto rehusó la batalla; no así los suyos que atemorizados al verse repentinamente acometidos por los granadinos, se desbandaron y huyeron con precipitacion.

Esto proporcionó á Hiscen hacer en ellos una matanza horrosa, y prisionero al conde de Castañeda.

cuyo rescate costó despues sesenta mil doblas. (1). Tan singular desgracia causó gran disgusto á don Enrique, reemplazando al conde en el mando de aquel punto don Miguel Lucas de Iranzu. No dejó tambien de ser sensible á los demas gefes de la frontera, que por no quebrantar la tregua se abstuyeron de tomar las armas para vengar aquella catástrofe; pero Hernando de Narvaez, alcaide de Antequera, mas osado que otros, ó acaso mas ambicioso, decidióse á hacer una cabalgada en la hoya de Málaga, sin considerar que habia de por medio un pacto en que estaba comprometida la palabra de un soberano. La puso en ejecucion con las fuerzas de su mando; corrió toda aquella tierra causando mucho daño, y recogiendo cuantiosa presa, se retiraba, cuando el alcaide de Málaga salió á su encuentro. Se empeñó una reñida accion en el rio Guadalborce, en que los moros quedaron vencidos y Narvaez marchó victorioso con sus despojos.

En la primavera siguiente se hizo por los cristianos otra algara, dirigida por el rey, que bajó á Jaen, y en union de algunos caballeros entró por Alcalá la Real devastando los campos de Monte-frio, Coloméra, Cardela y otros, regresando á aquella ciudad con mucho botin.

Continuaron las correrias por una y otra parte, haciéndose mutuo daño; pero sin ningun acontecimiento de importancia, hasta que en el año de 1462 el infante Abul-Hiscen, con noticia de que la frontera de Sevilla se encontraba enteramente desamparada, á causa de los partidos en que se hallaba dividida la nobleza de Castilla, reunió con premura un ejército de dos mil quinientos ginetes y quince mil infantes, y encargando á Abdallá, capitan de la caballeria de Guadix y Baza, que con cuatrocientas lanzas entrase en tierra de Ecija, con el objeto de distraer las fuerzas enemigas, él invadió la comarca de Estepa, haciendo grandes talas y apresando

---

(1) Ninguno de los historiadores que hemos examinado dice, que el obispo de Jaen acompañase al conde, y fuese con él prisionero; habiéndose levantado los muros del Albaicin con el importe de su rescate, como por tradicion se cree en Granada.

considerable número de ganado. Rodrigo Ponce de León hijo de don Juan, conde de Arcos, luego que tuvo noticia de esta correría, unido con Luis de Pernia, alcaide de Osuna y del comendador de Cazalla, con seiscientos peones y doscientos sesenta caballos, marcharon en busca de la hueste granadina. Llegaron á darle vista junto al cerro del Madroño, cerca del río Lleguas, y aunque los cristianos temían entrar en batalla por ser sus fuerzas inferiores, don Rodrigo mandó atacar, y acometieron con denodado valor; los suyos apesar, de su renuencia, le imitaron, y prontamente las haces se vieron mezcladas. Mucho duró la lucha; pero al fin la fortuna se declaró por Ponce de León, que quedó victorioso recuperando el botín que el príncipe granadino había hecho. Este se retiró con pérdida de mil cuatrocientos hombres, y solo ciento ochenta de los cristianos, en cuyos números creemos debe haber alguna equivocación de parte de las crónicas.

La suerte de Hiscen en esta jornada, fué completamente adversa, pues cuando ya sus escuadrones se habían entregado completamente á la fuga, llegaron al campo el conde de Cabra, Hernando Narvaez y Martín Fernández de Córdoba, alcaide de los donceles, los cuales completaron la derrota, haciendo en los fugitivos una mortandad horrorosa. Aquella noche la pasaron los vencedores en Fuente-Piedra, donde el joven Ponce de León se curó de una grave herida que recibió en el brazo. A la mañana siguiente aumentaron la presa con el ganado que los infieles habían retirado del campo de batalla para conservarlo, y que sin duda en la fuga del ejército se desbandó, volviendo al mismo terreno en que pacían. Abdallá fué igualmente derrotado en la campaña de Ecija.

Tal contratiempo causó en Granada un amargo disgusto: tanto más cuanto que toda la frontera cristiana se aprestaba á la campaña. Don Juan Alonso de Guzmán duque de Medina-Sidonia, é hijo de don Enrique conde de Niebla, que como queda dicho, murió ahogado en la costa de Gibraltar, en unión con Rodrigo Ponce de León, emprendieron la conquista de aquella plaza. Pu-

siéronla cerco, y no siendo suficiente su guarnicion para defenderla, prefirieron una honrosa capitulacion, a que los conquistadores accedieron.

Por el mismo tiempo los gefes de la frontera destruyeron las cosechas en los campos de Aldoyra (Aldeyre) y Calahorra. Don Pedro Giron gran maestro de Calatrava, don Diego Fernandez de Cordoba, conde de Cabra don Fadrique Manrique, comendador de Santiago, Luis de Pernia y otros caballeros con numerosa hueste, pasaron al asedio de Archidona, que duró muchos dias; pero al fin se rindió bajo un tratado convenido con el maestro.

La rendicion de aquellas dos plazas causaron en Granada un movimiento popular contra Hismail. Amotinado el pueblo, vagaba por calles y plazas pidiendo castigo de la desidia del soberano. Este, conociendo cuan critica era su posicion, se atrincheró en la Alhambra, defendida por su leal guardia. Las turbas subieron al alcázar, donde Hismail y algunos caballeros que lo acompañaban pudieron calmar en algun tanto la esfervecencia con albagüeñas ofertas. Los grupos se retiraron y el rey envió emisarios al de Castilla proponiéndole una entrevista para arreglar tregua. Don Enrique, á quien su cobardia y avaricia le inclinaban mas á la paz con ventajas, que á la guerra, accedió gustoso, ofreciendo bajar á la vega para convenir en las condiciones.

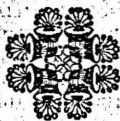
Despues que el monarca castellano terminó las conferencias que con el de Portugal tenia entabladas, pasó á Ecija, y de esta ciudad á Granada: Aben-Hismail, los infantes y los principales caballeros de la corte salieron á recibirlo; y alojado en un magnífico y suntuoso pabellon levantado no lejos de las murallas, permaneció en él un dia y una noche, bajo la salvaguardia de los moros. En este tiempo se ajustó la paz entre ambos soberanos; el de Granada hizo á don Enrique los mayores obsequios, y á los caballeros que lo acompañaban, quienes quedaron prendados de su galanteria y de la de sus cortesanos. Concluido el pacto, el de castilla partió para Jaen, con una gran escolta de caballeros granadinos. (Año de 1463.)

Los efectos de esta paz fueron para Granada de prosperidad y ventura. Se esterminó de raíz el germen de discordia civil; la agricultura, las artes y el comercio progresaron de una manera portentosa, y una amistad recíproca entre muzlimes y cristianos abrió las puertas de las plazas mercantiles de ambas coronas, para el mútuo tráfico.

Aben-Hismail, ávido siempre del bien de sus vasallos se ocupó de nuevo en proporcionarles cuantos beneficios le pudo sugerir su celo; mas quebrantada su salud se retiró á Almería, como clima mas benigno, donde fué recibido por su yerno Cidi Jahie Alnayar con la debida magnificencia. Empero, apesar de aquel temperamento suave, sus dolencias se agravaron, los esfuerzos de los físicos fueron inútiles y bajó á la tumba el 20 de abril de 1465.

P.C. Monumental de la Alhambra y Gen. life  
CONSEJERÍA DE CULTURA

DE ANDALUCÍA



## CAPITULO XXIX.

ALÍ MULEH ABUL-HISCEN, ABEN HISMAIL, (EL XEQUE, MAYOR.)

SURE AL TRONO. — TRIBUS GRANADINAS. — SE LE REVELA EL ALCAIDE DE MALAGA. — ES VENCIDO. — CORRERIAS DE LOS GRANADINOS. — PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL. — DUELO DE DOS CABALLEROS CRISTIANOS EN GRANADA. — SIGUEN LAS CABALGADAS DE LOS MUSULMANES. — PROYECTOS DE ABDALLA, HERMANO DE MULEH. — SE HOSTILIZAN. — SU RECONCILIACION. — PAZ EN GRANADA. — SITUACION DE LA CORTE CASTELLANA. — MUERE ENRIQUE IV. — CIENEN LA CORONA ISABEL Y FERNANDO. — TREGUA. — EMBAJADA. — REPUDIO DE AIXA. — SE AGITAN LOS PARTIDOS GRANADINOS. — SE DESPOSA MULEH CON ISABEL DE SOLIS.

Vamos, pues, á ocuparnos de la parte mas importante de la historia de Granada, tanto por el interés de las escenas que en ella tuvieron lugar en un largo periodo, cuanto por que en él sucumbió para siempre el poder izlámico en España. Algunos escritores han referido los hechos de esta época, ya escatimados de su

verdad histórica; ya envueltos en carácter novelesco, y ya en fin, amalgamados con acontecimientos, que poca ó ninguna coherencia tienen con aquellos. Mas nosotros nos hemos propuesto describirlos tal como son en sí, sugetándonos para ello á las crónicas, que por su exactitud histórica y cronológica han disfrutado y disfrutan de la mayor aceptación.

Allí Muleh Abul-Hiscen subió al trono por muerte de su padre Hismail, con beneplácito de los xeques de las tribus, emires, almucadenes, alfaquí y demas caballeros de la nobleza, y entre las mas vivas y espresivas demostraciones de júbilo de un pueblo entusiasmado por un alhagüeño porvenir. El Muleh, que era de estirpe abencerrage, habia aprendido muy particularmente la política de Aben-Hismail, proponiendose seguirla en todos sus actos de gobierno; así como tambien habia estudiado el carácter poco sufrido y voluble de sus vasallos, cualidades irreparables de la raza islámica, con el objeto de que los resultados de aquel estudio pudiesen servirle como de faro en la conducta que debia observar en su administracion. Magnánimo, prudente y muy afecto á la guerra se habia adiestrado aventajadamente en este arte, haciendo desde su juventud cabalgadas en tierra de cristianos, y en las reiteradas é insignificantes algaras que hiciera Enrique IV en los estados de la corona de Granada.

Como ya hemos dicho, la paz que gozara este reino en los últimos años de Hismail, y el gran esmero que este desplegara por el bien y prosperidad de sus subditos lo habian constituido en el mayor grado de esplendor. La agricultura, las artes, el comercio, todo, todo disfrutaba de los buenos efectos que produce una administracion benéfica y arreglada, como que es la fuente en que aquellas se saturan y engrandecen.

Las ilustres familias que por el tiempo á que nos referimos habia en Granada la daban mayor brillo, mayor gloria: las mas notables eran: *abencerrages, zegries, alhamares, gómeres, venegas, gazules, mazas, abenamarres, almoradies, alaveces, maliques, alradies, benecerrages, barragis, alfaquíes, aliatares, albayaldes, au-*

*dalas, almadenes, azarques, hacenes, alarifes, langeres, zulemas, abenhamines, mojarix, sarracinos, almanzores, abedhvares, abidvares y reduanes.* Estas tribus, estos linages, eran ricos y cada uno de sus gefes ó caudillos, contaba con un número considerable de caballeros siempre que tenian que valerse de ellos para la guerra ó para otros fines. Los abencerrages y maliques se consideraban como los de mas preponderancia y los mas nobles por cuanto ambos eran de sangre real.

Fueron tranquilos los primeros años de Abul-Hiscen, si tranquila puede llamarse una época en que no hubo campaña de poder á poder; pero que se hicieron algunas algaras en la frontera por cristianos y muzlimes, aunque por estos mas repetidas, á causa de que los caudillos del rey de Castilla tenian sus puntos desatendidos, y olvidadas las hostilidades contra los moros, por hallarse ocupados en la guerra civil que tan encarnizadamente seguian.

El primer acontecimiento notable que llamó la atención de Muleh pasado mucho tiempo, lo puso en gran cuidado por las funestas consecuencias que pudo atraerle. Alquizorte, alcaide de Málaga, se habia revelado, anteponiendo ser vasallo de don Enrique de Castilla á serlo de Abul-Hiscen. Era aquel caudillo de gran valia y poder; así como tambien acreditado guerrero. Su negativa á sugetarse al poder de su soberano legitimo, la hizo clara y estensible, tomando las armas para hostilizarlo. Por este tiempo pasó don Enrique á Archidona, con motivo de visitar sus estados de Andalucia, con el objeto de que su presencia aquietase los ánimos revoltosos de su aristocracia; en cuya ciudad se personó Alquizorte, prestando visitarle, llevándole hermosos caballos africanos enjaezados, armas y otros presentes moriscos de inestimable valor. Fué bien recibido por el monarca castellano; se ofrecieron reciproca amistad, y este su apoyo para que se emancipase del dominio de Granada, mediante á que se reconocia por subdito de Castilla. (Año 1469.)

Hasta este tiempo la oposicion del alcaide á reconocer como soberano á Muleh no habia sido encubierta

ni simulada; este habia mandado algunas fuerzas contra el revelado y se habian principiado las hostilidades, mas contando con la ayuda ofrecida, quiso hecer su emancipacion á todo riesgo. El soberano granadino luego que tuvo conocimiento de la oferta hecha por don Enrique, encargó á su hermano Mohamed Abul-Abdalla Al-Zagal (*valiente*), tan guerrero como ambicioso, partiese sin demora con la fuerza suficiente á doblar la cerviz á Alquizorte. Mohamed se puso en marcha, y despues de algunos encuentros, siendo inferiores las fuerzas del caudillo insubordinado, quedó vencido, y Abul-Hiscen dió á Abdallá la alcaldia de Málaga por ser una de las principales plazas que sostenian el trono de Granada.

Resentido Muleh de la conducta observada por el rey don Enrique cuando se hallaba en paz, se propuso tomar de ella cruel venganza, haciendo una entrada en sus dominios. Reunió un ejército escogido; y puesto á su cabeza entró por la frontera con tal pujanza y haciendo tal estrago, que los jefes cristianos de ella, no se atrevieron á oponérsele. Baste decir que sus campeadores penetraron tierra adentro de los reinos de Córdoba y Sevilla; hecho de armas que no habia sido conocido en tiempo de ninguno de sus antecesores. Repartida la hueste en varias divisiones, al mando de caudillos valientes y experimentados en aquella clase de guerra, sembraron tal terror y espanto por todo el territorio, que ni los pueblos, ni los jefes encargados de las plazas se atrevieron á oponérseles, contentándose solo con defenderlas, y sin poder impedir las talas y el estrago que la hueste desbordada hacia por todas partes. Por fin, despues de haber cogido mucho ganado y otras riquezas en los pueblos interiores, que se encontraban indefensos, y un número considerable de cautivos, regresó á Granada, donde recibió de sus vasallos las mas ostensibles pruebas de júbilo por el feliz éxito de su jornada. (Año 1469.)

No estaba aun satisfecha su venganza con la corrección que queda referida. El año siguiente con mayores fuerzas repitió otra por tierras del maestrazgo de Cala:

trava. Tuvo esta expedición el mismo éxito que la anterior: sin hallar oposición alguna taló los campos, cautivó muchos cristianos; y regresó á Granada, donde igualmente fué recibido con entusiasmo.

En una de las algaras que habían hecho los moros por las fronteras, cautivaron una hija del comendador Sancho Gimenez de Solís, alcaide de la Higuera de Martos y de Bedmar. Llámabase Isabel; y estaba dotada de particular belleza. Muleh no había podido resistir á sus atractivos, y se hallaba ciegamente apasionado de ella. Esta pasión, pues, fué la principal enseña de rebelión en la corte de Granada.

Estaba desposado el monarca con Aixa la Horra (*honestá*), su prima hermana, de quien tenía dos hijos, Mohamed Abul-Abdallá al-Zaquir (*Chico*), conocido también por Zogoy-bi (*desgraciado*), que era el primogénito, y el infante Aben-Alhagele. (1) La Horra, que pertenecía á la estirpe de los zегries, era de condición altiva, orgullosa y de desmedida ambición, si bien estaba dotada de ingenio despejado, prudencia y resolución, sus facciones aunque hermosas, inspiraban desapego, y alejaban toda simpatía; al paso que su carácter era grave y mesurado.

Con esta reseña, es fácil conocer la sensación que causara en su alma la presencia de Isabel en palacio, y la impresión que su beldad hiciera en el corazón de su galante esposo. Sin embargo, supo reprimir por de pronto su disgusto, y observar muy de cerca la conducta de Muleh; sin que este notase en ella el mas mínimo desvío.

También por este tiempo se alimentaba en Granada el germen de la guerra civil; guerra civil, que fraccionando en partidos á los defensores del islam, había de ser causa de que se derramase mucha sangre mahometana, y de que se hundiese para siempre el trono de Granada. La discordia había establecido su sόlio entre

---

(1) Segun algunos historiadores tenia otro hijo bastardo de una cristiana cautiva.

las dos tribus más predilectas de la corte, entre los zегries y abencerrajes; de continuo atizaba su fuego entre ambos linajes, y ya en diferentes ocasiones habian estado próximos á que las calles de Granada hubiesen sido el teatro en que tuviesen desahogo su recíproca animadversión y su ódio. Las deferencias que el soberano dispensaba á la estirpe abencerraje, su favorita, fué un nuevo motivo para que la enemistad que los zегries profesaban á la tribu rival se hiciese encarnizada, y proyectasen sangrienta venganza, no solo contra ella, sino contra el gefe del estado que la protegía. Para ello pusieron en juego todos los resortes que sugerir puede el encono más reconcentrado. Entre ellos, fué uno el de predisponer á Aixa cautelosamente en favor de sus proyectos, conociendo como conocian su carácter y lo altamente indignada que se hallaba por la conducta de Muleh. A instancia de sus parciales se retiró con su hijo Abdallá al palacio de Darlaroca, situado en el cerro que domina la Alhambra por la parte de oriente. Allí vivía aislada y sin más trato que el de sus deudos los zегries, quienes esperaban tener en ella y en el jóven heredero del trono los elementos más apropiados para el logro de sus miras.

Hacia este tiempo habian mediado entre don Alonso de Aguilar señor de Montilla, y don Diego de Córdoba hijo del conde de Cabra, y mariscal de Castilla, ciertas desavenencias. Este fué el agraviado, y para tomar satisfacción, pidió campo al rey don Enrique con el objeto de retar al de Aguilar. Mas habiéndole sido denegado se vino á Granada y Muleh se lo concedió con las garantías que eran correspondientes. Señalado el sitio del palanque en la vega, don Diego de Córdoba envió á don Alonso el cartel de duelo, marcándole día y hora. Mediaron algunas contestaciones entre ambos caballeros; pero al fin aceptó el desafío el ofensor y vino en asistir á la cita, lo cual no pudo verificar porque luego que lo hubo sabido el rey de Castilla, lo mandó arrestar con el objeto de impedir la catástrofe que era consiguiente. El de Córdoba se presentó en el campo á la hora prefijada; y como no hubiese concurrido don

Alonso, después de puesto el sol, hizo sus protestas ante un rey de armas, según costumbre y uso de la época, y tomando una tabla donde se hallaba retratado el de Aguilar, la ató á la cola de su caballo, arrastrándola por todo el palanque. Visto esto por un caudillo moro de Granada, que se hallaba unido á don Alonso con vínculos de amistad, y no queriendo dejar impune el ultraje que se le hacia, se ofreció á salir á la demanda; batiéndose con don Diego. Abul-Hiscen tomó muy á mal este acto de caballerismo, por haber asegurado el campo al de Cordoba; mandó prender al moro, y acaso le hubiera costado la vida, si aquel y la reina de Castilla no se interpusieron para que lo perdonase:

Como con las continuas disidencias de los cristianos los muzlimes hacian sus correrias impunemente, el rey de Granada dispuso se repitiesen las algaras. Se reunió un cuerpo numeroso de tropas, que al mando de los principales capitanes se dirigió hacia Alcalá la Real; saqueó y puso fuego á algunas poblaciones; se derramó mucha sangre, y destruyendo cuanto se hallaba en su tránsito, regresaron á Granada con muchos cautivos y cargados de despojos. (Año de 1471.)

Tan repetidas cabalgadas y tan continuos estragos no pudieron menos de extraer á don Enrique de su acostumbrada inaccion, mandando que don Rodrigo Ponce de Leon entrase en territorio enemigo, é hiciera cuanto daño fuese posible. Así lo ejecutó el marqués, internándose hasta Cardela y Montegicar, en los montes de Granada, cuyas fortalezas tomó por fuerza de armas; pero no habiendo podido guarnecerlas cual correspondia, los campeadores de Abul-Hiscen las recobraron muy en breve, siendo víctimas la mayor parte de los soldados que las defendian.

Un grave incidente llamó por este tiempo la atención de Alí Muleh é impidió que los granadinos continuasen esparciendo luto y terror en los pueblos de la frontera. Abdallá su hermano alcaide de Málaga le habia negado la obediencia, declarándose independiente. Este infante ambicioso habia concebido la idea y aun alagado esperanzas de asaltar el trono de Granada, sin

atender á los vínculos de sangre que lo unian á su soberano y al príncipe heredero. Para ello, pues, le favorecía la circunstancia de hallarse al frente de una plaza que era la primera despues de la corte. Su rebeldia disgustó sobre manera á Muleh, quien sin demora hizo que un ejército al mando de gefes de su confianza, marchase sobre Málaga. Larga y reñida fué por cierto la campaña, porque Mohamed contaba con muchas simpatias y se habia atraído un partido considerable; pero sin embargo, despues de verterse mucha sangre, se vió obligado, no sinceramente, á reconciliarse con Ali, el cual, si bien condescendió á la avenencia porque no se sacrificasen nuevas victimas, y porque le convenia cortar el mal aunque no fuese de raiz, lo miró en lo sucesivo como rival y enemigo suyo.

Durante la contienda de ambos hermanos habian cesado las correrias de los moros en la frontera, disfrutando los dos reinos de tranquilidad en este concepto; pero el de Granada, luego que se terminó la enemistad de Ali y Mohamed como va dicho, disfrutó igualmente en el interior dias sosegados y pacíficos, en que el soberano se dedicó al goce de placeres.

No así Enrique IV. Los síntomas de anarquia se habian arraigado en sus estados, y era muy difícil esterminarlos: mas de un siglo hacia que Castilla experimentaba las mayores calamidades. No terminó la anarquia con la muerte de aquel soberano. Los síntomas de rebelion que se habian arraigado durante su gobierno y los anteriores, no era tan fácil estirparlos.

Desde el año de 1368, en que Enrique, conde de Trastamara, é hijo natural de Alonso XI y de Leonor de Guzman, asesinó á su hermano Pedro I y asaltó el trono, se principió una guerra civil, sangrienta y asoladora, que continuó en el reinado de Juan I; de manera que cuando en 1390, Enrique III el enfermo, heredó la corona, encontró sus estados en la situacion mas deplorabile. Su quebrantada salud y su temprana muerte le impidieron acaso poner remedio á estos males, que agravados por Juan II, débil y juguete de sus cortesanos, tomaron mayor incremento en tiempo de Enrique IV,

de carácter apocado y servil. Pusilánime é irresoluto, de conducta estragada, y afecto á placeres que la naturaleza le negara, se vió aborrecido y hecho un verdadero maniquí de la ambicion de sus privados. Esto, unido al absoluto abandono que hizo de los negocios públicos, atrajo una nueva guerra civil, cruel y esterminadora entre sus magnates, que con las armas en la mano se disputaban los derechos que no les pertenecian, absorbiendo en sí la estenuada riqueza que á los desgraciados pueblos les quedara. Cuadrillas numerosas de malhechores vagaban descaradamente, cometiendo toda clase de atrocidades. General era, pues, la corrupcion; de dia en dia se aumentaban los vicios y la disolucion; y Enrique, insensible á estos males y entregado á la mas fria indiferencia veia que su reino caminaba á una cierta é inevitable ruina, sin que en su alma se notase el mas mínimo sentimiento. Sus dolencias se fueron agravando notablemente, y el dia 12 de diciembre de 1474 bajó al sepulcro, dejando tras sí una huella de sangre. En los veinte años que durara su poder se sacrificaron en sus aras multitud de victimas, se crearon enconos, enemistades, y lo que es mas, hizo desgraciado á todo un reino, robándole su tranquilidad y su sosiego. Tal fué el estado en que Isabel I recibió la corona de Castilla.

Esta princesa, que se hallaba casada con Fernando de Aragon, era de carácter sumamente dulce y afable; benéfica, magnánima y adornada de particulares dotes intelectuales. Su ascension al trono fué el iris que anunció á los castellanos una era de paz y ventura. En su esposo heredero de Aragon y que ya gozaba del título de rey de Nápoles, se reconocian del mismo modo apreciables dones naturales, pero eclipsados por la ambicion y el fanatismo. Los primeros años de su reinadõ se ocuparon estos reyes, á quienes despues se les dió el nombre de Católicos, de esterminar los males de que adolecia la administracion pública; de estirpar cuantos elementos revolucionarios germinaban y de proporcionar á sus pueblos el mayor bien posible; apesar de que á la vez tu-

vieron que atender á la guerra que el rey, Alonso V de Portugal les declaró, acaso, resentido de que Isabel le hubiese negado su mano, y prestando defender los derechos de Juana la Beltraneja, su sobrina, apoyado en la cooperacion de algunos grandes, avezados ya á medrar con las reyuelas políticas.

Para poder atender con mayor descuido á la pacificacion de sus estados y á la guerra de Portugal, ajustaron una tregua con el rey de Granada, por mediacion de don Diego de Córdoba, el cual pasaba algunas temporadas en la corte de Muleh. Durante aquella, este se ocupó de la conclusion de algunas obras que se hallaban comenzadas en la Alhambra. (Año de 1474.)

Estando para espirar el tiempo convenido en ella, Ali envió á los reyes de Castilla embajadores solicitando prórroga. Aquellos, que se hallaban en Sevilla, los recibieron cortesantemente y accedieron á su pretension con la cualidad de que pagase pãrias, segun habia sido costumbre con sus antecesores. Con esta contestacion regresaron á la corte mahometana los embajadores, acompañados de otros de la de Castilla, con el fin de concertar las bases del tratado y pedir formalmente el tributo. Esta exigencia era en el orgulloso Muleh un motivo poderoso para escitar su furor; pues consideraba como el acto mas humillante de la soberania, reconocer pãrias, desde que en cierta ocasion, antes de subir al trono, asistió al pago de ellas en Córdoba, donde sufrió muchos desaires y menosprecios de los sobervios castellanos. Sin embargo, guardó todas las formas diplomáticas, y dispuso dar audiencia á los enviados de Castilla, con la magnificencia que correspondia á tales casos. En el suntuoso salon del alcázar regio, destinado para estos actos y otros de su especie, y rodeado de los grandes de su corte, recibió Muleh á los embajadores de Isabel y Fernando. Le hicieron presente su mensaje, que no pudo menos de encólerizarlo, y conmovido y agitado, contestó: «id y decid á vuestros soberanos, que ya murieron los reyes de Granada que pagaban tributo á los cristianos; y que en Granada no se labra sino alfanges y hierros de lanza.» Tal fué la respuesta que el

airado monarca dió á la embajada. Los enviados se retiraron admirados y sorprendidos de su altivez. (Año de 1478.)

Esta arrogante contestacion que verdaderamente fué el grito de guerra entre ambos reinos, no pudo menos de indignar á los soberanos de Castilla, que la consideraron como marcado desafio, á que desde luego correspondieran, si las circunstancias que les rodeaban se lo hubieran permitido; por ello pues, y para impedir desastres en los pueblos de la frontera, si los moros rompian las hostilidades, convinieron en que continuase la tregua, reservándose para ocasion mas favorable tomar venganza de aquella resistencia.

Habian trascurrido tres años desde este acontecimiento, durante los cuales, en Granada habian tenido lugar sucesos importantes, que no habian podido menos de tenerla agitada, y aumentar la desunion que reinaba entre las tribus.

Habia resuelto Abul-Hiscen tomar por esposa á la de Solís, y para ello debia preceder el repudio de Aixa. Al efecto, dió comision á uno de sus principales validos para que se presentase á ella y le hiciese saber su resolucion. Como quiera que este agigantado paso pudiera producir una escision entre las tribus rivales, se tomaron antes todas las precauciones convenientes. En el palacio de Generalife, en el de los Alixares y en sus contornos y avenidas, se pusieron vigilantes que observarían, y á cualquier movimiento que notasen, diesen aviso. Con estas medidas, pues, el caudillo encargado de llevar la mision á la reina, marchó á Darlaroca, donde aquella se hallaba rodeada de sus amigos y deudos los zegries. Estos, luego que tuvieron noticia de la llegada del enviado, aunque á punto fijo no podian sospechar cual fuese el objeto del monarca, persuadiéronse sí, de que nunca su encargo seria favorable para su soberana, y por ello la propusieron permanecer á su lado durante la entrevista, con el objeto acaso de empeñar un lance, que precipitara el rompimiento. Aixa que era bastante previsora, no accedió á la oferta, y los mandó retirar. Recibió, en fin, al enviado de Hiscen,

quien le hizo entender se habían roto los lazos conyugales, y que desde luego debía abandonar aquel palacio. Difícil sería pintar la impresión, que orden tan terminante causaría en el sobervio y altivo carácter de la reina; sin embargo, supo reprimirse, y dió al emisario una contestación en que demostraba no tomar sentimiento por la resolución de su esposo.

Cuando esto sucedía, ya los zegríes habían celebrado juntas secretas en la ciudad, para ponerse de acuerdo con las demás tribus sus aliadas. El xeque de aquel linaje, Aben-Comixa, Aben-Alhamar, y otros caudillos de gran valía, habían convenido, pues, en estar prevenidos para la primera ocasión ventajosa que se presentase, para lo cual estaban de acuerdo con sus deudos y amigos de dentro y fuera de la corte. Por su parte los abencerrajes, si bien no aprobaban la conducta del rey, no habían dejado tampoco de prevenir á sus proselitos y formar un gran partido, valiéndose para ello no solo de sus relaciones de amistad y parentesco, sino del poder, de que se encontraban dueños por la privanza de Ali. Por fin, todos estaban prevenidos para una liza sangrienta en la primera alarma, si bien los abencerrajes y gomerés esperanzaban no llegaría el rompimiento, persuadidos de que podían frustrar los proyectos de sus adversarios.

En tanto que los partidos se agitaban como vá dicho, el soberano de Granada, si bien resuelto á unirse con Isabel de Solís, no dejaba de fluctuar en un piélago de zozobra, luego que dado el primer paso en la carrera de su desgracia, veía aproximarse el momento de consumarla. Y no se crea por esto que su alma hubiese dado entrada al arrepentimiento; nada de eso: cada día, cada momento mas prendado, mas ciego por la cautiva, no le era dado conocer su yerro; solo si le atormentaban ciertos remordimientos de su conciencia, cierto porvenir infausto, que de continuo tenían á su corazón en un completo desasosiego. Apesar de todo pudo mas el amor que la razón, y se decidió á llevar á cabo su proyecto. La hermosa cautiva, aunque nacida y criada en la religión del nazareno, pertenecía al bello sexo y se encon-

traba rodeada de grandeza y magnificencia desconocida hasta entonces para ella, y que por lo tanto habian ofuscado su juicio, presentándose solo a su vehemente imaginacion el fausto de un trono, sin conocer cuan asperos y espinosos son los escalones que franquean el paso para asentarse en el régio sôlio. Tampoco preveia que tras sí dejaba abierta una huella, que despues de regarse con sangre, habia de conducirla á un abismo. Con todo, tuvo sus alternativas, en que fluctuando tambien entre el asentimiento y la negativa á dar la mano á Abul-Hiscen, se encontraba perpleja por cortos instantes, decidiéndose al cabo por la fragilidad del sexo, á acceder á sus pretensiones, ilusionada por la pompa y el brillo de la púrpura real.

Por fin Isabel abjuró sus creencias religiosas, tomó el nombre de Fatima, la Zoraya (lucero de la mañana); se desposó con Muleh y vióse sentada en el trono muzlimico de Granada.



### CAPITULO XXX.

SITUACION DE AIXA. — FIESTAS. — FATALES RESULTADOS. —  
PROYECTOS DEL INFANTE ABDALLA. — TOMAN LOS MOROS A  
ZAHARA. — CONSTERNACION EN GRANADA. — CORRERIA DE  
ABUL-HISCEN. — TOMA DE ALHAMA POR LOS CRISTIANOS. —  
SENTIMIENTO QUE CAUSÓ ESTE SUCESO EN GRANADA. — SALE  
EL REY A RECIBIRLA. — SITIO. — HECHO HERÓICO DE HER-  
NAN PEREZ DEL PULGAR. — EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA  
MARCHA A SOCORRER A LOS SITIADOS. — MULEH LEVANTA EL  
SITIO Y SE RETIRA. — ENTRA EL DUQUE EN ALHAMA.

A la manera que el sobervio leon encerrado en férrea  
jaula eriza la guedeja y se enfurece, y brama y ruge  
buscando la salida, ávido de venganza; así la repudiada  
reina, con las manos crispadas, los ojos desencajados,  
con descompasados pasos y vertiendo injurias contra su  
infiel esposo, vagaba por los aposentos de Darlaroca,  
luego que pudo convencerse de la certeza del desposorio  
de Fatima.

En vano pretenderíamos hacer una pintura fiel de la  
situacion en que se encontraba la desgraciada soberana.  
Supeditada en aquellos momentos por las mas vehe-  
mentes pasiones, se presentaba á su calenturienta ima-  
ginacion el estado de humillacion y vergüenza en que

el perjuro Abul-Hiscen la constituyera. El furor, el ódio, la ira, la venganza se habian apoderado de su alma, y en aquellos instantes de desesperacion hubiera sido capaz de provocar un motin en Granada, si sus parciales, que la observaban y compadecian no hubieran empleado cuantos recursos son imaginables para templar y suavizar su encono; escogitando con madurez los medios de tomar una satisfaccion de tan marcado desaire.

Grande fué por cierto su disgusto cuando de orden del rey se le hizo saber su repudio; pero nunca creyó llegara el caso de lanzarse en los brazos de otra mujer, á quien cediera su asiento en el trono que le arrebatara, habiendo sido ella el único idolo de su amor; y he aquí el motivo porque le fué doble mas sensible la noticia de su himeneo; tarde ó nunca las mujeres pierden la esperanza de conseguir aquello que desean. Por fin los lenitivos que sus deudos y amigos aplicaran á su estraviada imaginacion causaron una tregua entre la ofensa y la venganza, entre el desposorio de Abul-Hiscen y la guerra civil.

Este soberano por el contrario, adormecido en el lecho de los placeres y de la voluptuosidad no preveia llegase el dia en que la tormenta que rugiera en lontananza viniése á descargar sobre su cabeza y sobre su reino. Embriagado con las caricias y alhagos de su esposa, solo se ocupaba en complacerla, orgullecido con la posesion de prenda tan inestimable. Para ello, entre otras cosas, dispuso zambras en Generalife, en las que no pudo menos de brillar de la manera mas ostensible la pompa y magnificencia real. Con objeto de presentar á su esposa al púeblo y que cautivara su amor y su cariño, dispuso que en la plaza de Bib-Rambla se hiciesen juegos de sortija y de cañas; los cuales tuvieron un fin funesto, presagio de otros acontecimientos de mayor importancia.

Con la mayor actividad se hicieron todos los preparativos para ellos, y llegado el dia en que debian efectuarse, desde muy temprano poblaba el bello sexo, las ventanas y ajimeces de la plaza de Bib-Rambla, donde se habia establecido el palenque. A la hora señalada

Abul-Hiscen y su esposa bajaron de la Alhambra con una numerosa comitiva de damas y caballeros, y ocuparon el lugar que les estaba dispuesto con la mayor ostentacion. La belleza de la reina, su aire gentil, su modesto ademan, no pudieron menos de atraerle las simpatias del pueblo. A poco rato ya se encontraban en la plaza las tribus que debian tomar parte en los juegos. Los abencerrajes, seguidos de otras tres tribus de su partido, vestian marlotas de brocado de plata; y los pendoncillos de las lanzas eran de azul y blanco; los zегries, á quienes asimismo acompañaban otros tres linajes, sus aliados llevaban bordadas medias-lunas en las aljubas y marlotas. Todos montaban soberbios caballos, cuyos arreos eran del mas esquisito gusto.

La rivalidad que mediaba entre ambas tribus era causa de que una y otra anhelase la gloria, para lo cual tomaban en esta clase de simulacros tanto calor, tanto ahinco, y era tal el furor que desplegaban, que mas bien que una fiesta, parecia una verdadera escaramuza. Dióse principio por una carrera en que tomaron parte los dos caudillos principales de abencerrajes y zегries, en que el de aquella tribu obtuvo la victoria, y con ella una completa ovacion de los espectadores. Pasada una tregua, se procedió al juego de la sortija en que por ambos caballeros se corrieron tres lanzas, quedando asimismo el triunfo por el abencerraje. No seria fácil explicar la turbacion y la ira del zегri, al ver á su adversario favorecido por la suerte segunda vez; empero pudo reprimirse al paso que aquel se solazaba con el general aplauso que resonó por largo tiempo en la plaza. Continuaron despues la corrida otros varios caballeros de ambos bandos, pero durante ella el pueblo no demostró tanta ansiedad ni interés como en la anterior.

Siguióse otra tregua para dar algun respiro á los contendientes, los cuales mudaron caballos y embrazando la adarga en la mano izquierda y el bohordo en la diestra, preparáronse para el juego de cañas, esperando con anhelo la señal. Hecha esta, salieron los justadores en fracciones de á ocho, y comenzó la escaramuza con destreza por una y otra parte. El público admiraba la

agilidad con que todos arremetían y se defendían, cuando resonó en el palenque la voz de ¡traición! Esta palabra no solo alarmó á las tribus beligerantes sino también á los espectadores, quienes al momento desampararon las ventanas y ajimeces, temiendo como era de esperar, se empuñase una liza sangrienta, estando como estaban las tribus tan enemistadas. El caudillo zegrí resentido por las reiteradas victorias obtenidas por su competidor, había buscado ocasión de vengarse, dándole un fuerte golpe en el hombro, de que quedó herido. Era de juzgar que los zegríes fuesen prevenidos para este acto, y así lo creyeron los abencerrájes y sus tribus amigas, quienes al instante tomaron las armas y se apercibieron para la lucha. El origen de este acontecimiento estuvo por entonces desapercibido entre el desasosiego y la confusión que por todas partes reinaba; cada cual comentaba el suceso á su antojo, siendo solo lo seguro, y en que todos estaban conformes, que había corrido la sangre de un abencerráje; y que un zegrí le había causado la herida.

Luego que ambas tribus y las de su partido se encontraron armadas, se lanzaron fuera de la plaza, y ocuparon los puntos que creyeron mas convenientes á sus designios. Por fin, como aquel lance desagradable había tenido efecto sin prevención alguna por parte de los zegríes, según se creía, y para sus contrarios fuese una sorpresa, para la que estaban igualmente desprevenidos, no fué difícil restablecer la tranquilidad, si bien las úlceras que causarían la enemistad y el odio, quedaron abiertas, y los ánimos predispuestos á romper las hostilidades al primer incidente que las provocase.

El pueblo que conocía aquel odio y los irreconciliables resentimientos que mediaban entre ambas tribus, consideró el triste resultado de las fiestas, como presagio de funestos acontecimientos; sin embargo, disfrutó de la paz que juzgaba muy transitoria, dedicándose á sus tareas ordinarias. Mulch, adormecido con los placeres del amor, pronto olvidó la escena lamentable de Bib-rambla.

Los resultados de estas fiestas quedaron perpetuadas en

romances y cantares, de los cuales copiamos algunos á continuación, según los han publicado varios escritores.

**ROMANCE.**

Para festejar las bodas  
de Albo Hacen, rey de Granada,  
con la flor del Paraíso,  
con la divina Zoraya,  
la de los negros cabellos,  
la de las luengas pestañas,  
que la hermosura y el nombre  
robó al lucero del alba,  
vastó palenque aperciben  
en la magnífica plaza,  
que cubre el cercano río  
con sus arenas doradas:  
Como flores en vergel,  
se ven doncellas y damas,  
coronando los terrados,  
agimeces y ventanas.  
No hay una que no suspire,  
presa de amores el alma;  
no hay una que no haya dado  
divisa, listón ó banda.  
Al son de los añafles,  
todas al par se levantan,  
descolorido el semblante  
entre el susto y la esperanza:  
á su amor buscan los ojos,

á su amor que mucho tardas,  
y á lo lejos le columbran  
al entrar en Biba-Rambla:  
con alma y vida le siguen  
en la fingida batalla;  
y si mil veces le pierden,  
otras mil veces le hallan,  
Entretanto los guerreros  
lucen su destreza y gala,  
en caballos andaluces  
que al viento sacan ventaja:  
parten, corren, vuelan, llegan,  
tornan, giran, se adelantan,  
como veloz remolino  
en los desiertos de Arabia:  
lazos y nudos enredan,  
y con arte los desatan;  
y tantos círculos forman,  
como la lluvia en el agua.  
Ya se apiñan y confunden,  
haces con haces mezcladas;  
ya se comparten en bandos,  
y se disputan la palma.  
El gallardo Albin Hamad  
en la carrera la gana,  
y haciendo mesura al rey,  
vuela á los piés de su dama;  
hasta el caballo parece  
que ufano vá con la carga;  
la crin inquieto sacude,  
la cola pomposo arrastra;  
y al llegar frente á la mora,  
cual por encanto se para,  
ambas rodillas en tierra,  
la altiva cerviz levanta,  
y con ruidosos relinchos  
el premio ufano demanda.

Zegries y abencerrages.

se aprestan á jugar cañas:  
Alá quiera que las fiestas  
no terminen en desgracias...

¡Ay de Granada!

Rétanse, ámbas, cuadrillas,  
con desdeñosas palabras,  
con ademán altanero,  
con insolentes miradas...

¡Ay de Granada!

Haciendo ostentoso alarde,  
fingido combate traban,  
en la mano los bohordos,  
la mente puesta en las armas...

¡Ay de Granada!

Nubes de frágiles dardos,  
los rayos del sol empañan;  
y el pueblo inocente aplaude,  
sin ver su ruina cercana...

¡Ay de Granada!

Para los tiros livianos,  
fuertes son esas adargas;  
mas no para agudos hierros  
valen alubas bordadas...

¡Ay de Granada!

Entre el tropel de gibetes,  
Alí, zegri, se adelanta,  
y del odiado rival  
ni un punto la vista aparta...

¡Ay de Granada!

A todas partes le sigue,  
le acecha al volver la espalda;  
y alzándose en los estribos,  
rudo golpe le descarga...

¡Ay de Granada!

Vuelve Albin Hamad el rostro  
sospecha la acción villana,  
aplica al hombro la mano,  
y en propia sangre la empapa...

¡Ay de Granada!

Traición! gritó entre rugidos;

traición! sus parciales claman;  
traición! repitió la gente;  
traición! el eco zumbaba...

¡Ay de Granada!

Despavorido huye el pueblo  
de terrados y ventanas;  
ciérranse a un tiempo cien puertas  
y se estremecé la plaza...

¡Ay de Granada!

Entre llantos y lamentos  
suená el rumor de las armas,  
y brillan las duras cotas  
bajo las mentidas galas...

¡Ay de Granada!

Corren los abencerrajes,  
y en la mezquita se amparan,  
gritando a la airada turba,  
venganza, amigos, venganza...

¡Ay de Granada!

Corren al par los zегries,  
y al combate se preparan,  
en sed de enemiga sangre  
ardiendo labios y entrañas...

¡Ay de Granada!

«Tened, por Alá, tened,  
¡os ciega tanto la saña,  
que no veis ya del cristiano  
las enseñas desplegadas..?»

¡Ay de Granada!

Mirad no llegue algun día  
al pié de nuestras murallas,  
talando campos y mieses,  
quemando templos y casas...

¡Ay de Granada!

Mirad no lloreis ya tarde  
esas torres derribadas,  
y en vuestra sangre teñidas  
del Dauro y Genil las aguas...

¡Ay de Granada!

Las tumbas de vuestros padres

por el infiel profanadas,  
vuestras esposas cautivas,  
y vuestras hijas, esclavas...

¡Ay de Granada!

Esto dijo un alfaquí;  
y se encaminó a la Alhambra,  
clamando con triste acento  
por las calles y las plazas.

¡Ay de Granada!

Cundió confuso el rumor  
y los ánimos embarga;  
y en la medrosa ciudad  
solo esta voz se escuchaba...

¡Ay de Granada!

¡Cuán hermoso el sol radiante

brilla en los cisnes de plata,  
que se columpian al viento  
sobre las flexibles ramas!

cándidas plumas ostentan  
en pecho, cabeza y alas,

como si el céfiro mismo  
con su soplo las rizara,

en tanto que de los picos  
penden argollas doradas,

con cintas de mil colores  
que los del iris retratan....

Mas levántase la gente,  
y hasta el aliento les falta,

al mirar que Aben Hamad  
á nueva lid se prepara:

la aguda punta requiere,  
al aire blande su lanza

y el cuello del alazan  
con blanda mano regala.

El vasto circo recorre  
con grave ademan y pausa;

y parte luego veloz,  
como flecha disparada,  
vencido el cuerpo adelante,  
la vista en la argolla claya;  
Y al punto mismo la cinta  
luce en el hierro del asta.  
Al par celebran el triunfo  
las músicas acordadas;  
dá roncós vivas la plebe;  
flores arrojan las damas.  
No dejó tiempo el zegrí  
á que el aplauso durara;  
que ya en sus venas sentía  
hervir la sangre africana:  
rápido cruza el palenque,  
la leve sortija ensarta,  
y á un page arroja la cinta  
con desdenosa arrogancia.  
Dos veces ambos rivales  
de su destreza hacen gala,  
y dos veces la fortuna  
con sus dones los iguala.  
Mas al llegar la tercera,  
quiso la suerte contraria  
que al golpe de Albin Hamad  
argolla y cinta saltara.  
Vencido ya le reputan;  
un ¡ay! resuena en la plaza;  
y la turbada Zelinda  
los ojos confusa baja;  
pero el diestro abencerraje  
ni se inmuta ni desmaya;  
y al vuelo coje la cinta,  
antes que al suelo tocara:  
tremolándola en los aires  
da una vuelta á Bibá-Rambla;  
y del undoso listón  
pendiente lleva mil almas.  
Cegó el zegrí por no verlo,  
cegó de cólera y rabia,

el rostro mas encendido  
 que su turbante de granada  
 Ni un punto aguardar consiente  
 el duro acicate clava;  
 y con el vientre el corcel  
 la leve arena levanta;  
 Derecho vá contra el árbol,  
 y al pié de su tronco para,  
 con tal ímpetu y violencia  
 que se estremecian las ramas;  
 Mientras furioso el zegrí  
 trémulo tiende la lanza,  
 y sobre el cuello del cisne  
 la aguda punta resbala;  
 no fué ni visto ni oido  
 cruzar la inmensa distancia,  
 errar el golpe, y saltar  
 cual veloz tigre de Hircania.

El suelo retemblo al golpe,  
 cuando traspasó la valla;  
 y un alarido de espanto  
 sonó en la anchurosa plaza.

El infante Abdallá, hermano del rey, abrigaba la esperanza de asaltar el trono de Granada, como ya hemos dicho; y veía en el suceso que queda referido un principio muy favorable á sus miras. No obstante, era muy precavido y sagaz, y si bien conocia que la guerra civil le allanaria el paso para la consecucion de sus proyectos rehusaba contribuir ostensiblemente á ella, y si aparecer en circunstancias dadas como mediador entre los partidos; cuya conducta sabia bien, que habia de atraerle el afecto y simpatias del pueblo. Su trato frecuente con las tribus enemistadas, quiénes considerándolo imparcial, no desdeñaban revelarle sus secretos; le

proporcionaba elementos muy ventajosos para arreglar sus planes; así que de vez en cuando y en circunstancias oportunas, con la mayor cautela, lanzaba una chispa eléctrica, que sin ser advertida, encendía mas y mas el fuego que devoraba á los partidos. Tampoco desperdiciaba ocasiones para reanimar el disgusto de Aixa; pues estaba convencido de que esta podía ser el mejor instrumento para el logro de sus miras.

Durante los sucesos que llevamos espuestos, se habia disfrutado de paz en los dominios de la corona de Granada; pues la tregua no se habia quebrantado por ningun hecho de armas notable. Los reyes de Castilla, habiendo terminado la guerra de Portugal, y reprimido á la nobleza turbulenta, se preparaban para abrir la campaña contra Muleh. Este que no ignoraba los aprestos que se hacian al efecto, deseaba ser el primero que rompiese las hostilidades; y para ello meditó detenidamente una empresa que á la vez que fuese arriesgada, fuese aseguible y digna de su poder: tal era la de sorprender á Zahara, cuya alcaidia estaba á cargo de Hernando de Saavedra. Sabedor el rey que la defensa de la plaza se hallaba completamente descuidada, y con muy corta guarnicion, al frente de un cuerpo de caballeria se puso en marcha precipitadamente sin que ninguno de los caballeros que le acompañaban supiera la direccion de la hueste, ni el objeto del soberano: al fin de la tarde llegó á un barranco, donde mandó hacer alto. Allí permaneció algunas horas, sin que nadie se apercibiese de ellos; hasta que la noche tendió su manto. Nubes negras y tempestuosas derramaban copiosa agua; los vientos desencadenados bramaban por el espacio, y la oscuridad era tan espantosa, que á la verdad parecia que la naturaleza se habia cubierto de luto, como presagiando horrores y desastres.

Cuando le pareció oportuno, dió orden de marchar, dirigiéndose hácia la villa. Sus habitantes descansaban tranquilos en sus hogares; la guarnicion de la fortaleza, confiada en que esta era inespugnable, y en la tempestad, se habia entregado al sueño descuidadamente; solo las centinelas y escuchas velaban, pero tu-